

Rev. George Whitefield
Lectura: Génesis 22

Salterios:

Primer: 134

Segundo: 227

Tercer: 7

Cuarto: 32:1-3

Último: 312

Texto: Génesis 22:12

“Y dijo: No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; porque ya conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único.”

Tema: Abraham ofreciendo a su hijo Isaac.

Introducción.

El gran apóstol Pablo, en una de sus epístolas, nos dice que *“las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza”* (Romanos 15:4). Y como sin la fe es imposible agradar a Dios, o ser aceptado en Jesús, el Hijo de Su amor; podemos estar asegurados de que todo ejemplo de una fe más que común que se encuentra escrito en el libro de Dios, está designado por el Espíritu Santo para nuestra enseñanza e imitación, a quienes han alcanzado los fines de los siglos. Por esta razón, el autor de la epístola a los Hebreos, en el capítulo undécimo, menciona un catálogo tan noble de los santos y mártires del Antiguo Testamento, *“que por fe conquistaron reinos, hicieron justicia, alcanzaron promesas, taparon bocas de leones”* (Hebreos 11:33) y han ido por delante de nosotros para heredar las promesas. Creo que esto es una confutación suficiente del error de quienes subestiman a los santos del Antiguo Testamento, y no quisieran tenerlos mencionados a los Cristianos como personas cuya fe y paciencia estamos llamados a seguir más inmediatamente. Si fuera así, el apóstol nunca habría producido tan gran nube de testigos del Antiguo Testamento, para animar a los Cristianos del primer, y como consecuencia, del más puro siglo de la iglesia, para continuar firmes y constantes en su fe.

Dentro de este catálogo de santos, creo que el patriarca Abraham es el que más brilla de todos ellos, así como una estrella es diferente de otra en gloria; porque él brilló con un resplandor tan distinguido que fue llamado el “Amigo de Dios”, el “Padre de los fieles”, y, de todos los que creen en Cristo, se los llama “hijos e hijas de, y bendecidos con el creyente Abraham.”

Dios le envió muchas pruebas de fe a este hombre grande y bueno, después de haberlo llamado a salir de su tierra y de su parentela, hacia una tierra que Él le mostraría. Sin embargo,

la última prueba fue la más severa de todas: ofrecer a su único hijo. Este desafío, con la ayuda divina, propongo que sea el tema de la presente meditación. Luego, por conclusión, haré algunas aplicaciones prácticas de esta historia instructiva, con la ayuda de Dios.

Sermón.

El autor inspirado comienza la narrativa así, versículo 1: *“Aconteció después de estas cosas, que probó Dios a Abraham.”* Después de estas cosas, es decir, después de haber pasado por muchas pruebas severas antes. Después de ser viejo, lleno de días, y quizá de poder halagarse de que los problemas y fatigas de la vida ya habían terminado. *“Aconteció después de estas cosas, que probó Dios a Abraham.”*

Cristianos, no saben qué pruebas pueden afrontar antes de morir. Aunque es posible que ya hayan sufrido mucho, y hayan sido sometidos a grandes pruebas, es posible que a ustedes les aguarden pruebas aún más fuertes antes de fallecer. *“No te ensoberbezcas, sino teme”* (Romanos 11:20). Es muy probable que nuestras últimas pruebas sean las más grandes. Nunca podemos decir que nuestro tiempo se ha cumplido, o nuestras pruebas terminadas, hasta que inclinemos la cabeza y entreguemos el espíritu. *“Aconteció después de estas cosas, que probó Dios a Abraham.”*

“Probó Dios a Abraham.” (nota: en inglés se traduce como *“tentó Dios a Abraham”*). ¿Pero puede la Escritura contradecirse? ¿No nos dice el apóstol Santiago que *“Dios no tienta a nadie”*, y que Dios no tienta a ningún hombre a la maldad, o con el propósito de hacerle pecar? Porque, cuando un hombre es tentado así, es por su propia concupiscencia que es atraído y seducido. Sin embargo, en otro sentido, se puede decir que Dios tienta, es decir, prueba a sus siervos. Es en este sentido que debemos entender el pasaje de Mateo, donde se nos dice que *“Jesús fue llevado por el Espíritu (el Espíritu bueno) al desierto, para ser tentado por el diablo”* (Mateo 4:1). Además, nuestro Señor, en esa excelente forma de oración que nos enseñó, no nos pide que oremos para no ser llevados a la tentación, sino para ser librados del mal que ella puede traer. Por lo tanto, podemos concluir que, a veces, Dios considera conveniente guiarnos a través de la tentación, es decir, colocarnos en circunstancias que probarán nuestra fe y otras virtudes cristianas. En este sentido, deberíamos entender la expresión: *“Probó Dios a Abraham.”*

Como a Dios le agradó revelar Su voluntad en esta instancia a Su fiel siervo, ya sea por la Shekhiná, una aparición divina, una voz apacible y delicada (como habló a Elías) o por un susurro (como el del Espíritu a Felipe, cuando le mandó unirse al carro del eunuco), no lo sabemos, ya que la Escritura no lo especifica, ni es importante indagar al respecto. Lo que es suficiente es que se nos informa que Dios le dijo *“Abraham”*, y que Abraham reconoció la voz de Dios, respondiendo *“Heme aquí”*. ¡Qué santa familiaridad (si me permite expresarlo así) hay entre Dios y las almas santas unidas a Él por la fe en Cristo Jesús! Dios dice *“Abraham”*, y

Abraham responde (sin mostrar sorpresa) *“Heme aquí”*. Reconciliado con Dios por la muerte y obediencia de Cristo, a quien vio por fe y en quien se regocijó desde lejos, Abraham no temió como lo hizo el culpable Adán, escondiéndose entre los árboles del huerto; en cambio, se regocia en conversar con Dios y le habla como un amigo. ¡Oh, si los pecadores sin Cristo supieran lo que es tener comunión con el Padre y el Hijo! Envidiarían la felicidad de los santos y considerarían un gozo ser llamados entusiastas y tontos por el nombre de Cristo.

¿Pero que dice Dios a Abraham? En el versículo 2 se lee: *“Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré.”*

Cada palabra merece nuestra atención particular. Lo que Abraham debe hacer, debe hacerlo ahora, inmediatamente, sin consultar con carne y sangre. ¿Pero qué debe hacer? *“Toma ahora tu hijo.”* Si Dios hubiera dicho “toma ahora un primogénito de los animales, un cordero o bestia para ofrecerlo como holocausto”, no habría sonado tan terrible. Pero cuando Dios dice *“Toma ahora tu hijo, y ofrécelo en holocausto”*, se puede imaginar que esto sería suficiente para hacer tambalear la fe más fuerte.

Pero eso no es todo. No debe ser simplemente un hijo, sino *“tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas”*. Si debiera ser un hijo y no una bestia, ¿por qué no sería suficiente ofrecer a Ismael, el hijo de la sierva? No, debe ser su único hijo, el heredero de todo, su Isaac, cuyo nombre significa “risa”, el hijo de su vejez en quien su alma se deleitó: *“a quien amas”*, dice Dios, en cuya vida fue envuelta su propia vida. Y este hijo, este único hijo, este Isaac, el hijo de su amor, debe ser tomado ahora, sin demora, y ofrecido por su propio padre en holocausto sobre uno de los montes que Dios le dirá.

Bien podría decir el apóstol, hablando de este hombre de Dios, que *“creyó en esperanza contra esperanza”* (Romanos 4:18) y fortaleciéndose en fe, dio gloria a Dios. Porque, si no hubiera sido bendecido con una fe que el hombre jamás había tenido, habría tenido que negarse a cumplir con este severo mandato. La naturaleza ahora puede sugerir muchos argumentos para probar que tal mandato nunca podría haber venido de Dios, o para excusarse de cumplirlo.

Podría haber dicho el hombre bueno: “¡Qué! ¿matar a mi propio hijo? Esto contradice la ley de la naturaleza; mucho más, matar a mi querido hijo Isaac, en cuya descendencia Dios me prometió una posteridad numerosa. Y suponer que puedo ir en contra de mis afecciones, y estar dispuesto separarme de él, aunque lo quiero tanto, sin embargo, si lo mato, ¿qué pasará con la promesa de Dios? Y, además, ahora soy como una ciudad asentada sobre un monte. Resplandezco como un luminar en el mundo, en medio de una generación maligna y perversa. ¿Cómo llegaré a ser un proverbio entre los gentiles, si escuchan de un crimen que ellos mismos aborrecen? Pero más que todo, ¿qué dirá mi esposa Sara? ¿Cómo podré volver a ella después

de haber manchado mis manos con la sangre de mi amado hijo? ¡Oh, que Dios me perdona en este asunto o tome mi vida en lugar de la de mi hijo!”

Oh que los incrédulos aprendieran de fiel Abraham, y creyeran todo lo que es revelado por Dios, aunque no lo puedan comprender completamente. Abraham sabía que Dios le había mandado ofrecer a su hijo, y por eso creyó, a pesar de lo que el razonamiento carnal pudiera objetar.

Tenemos suficiente evidencia de que Dios nos ha hablado por medio de Su Hijo: ¿Por qué no deberíamos también nosotros creer, aunque haya cosas en el Nuevo Testamento que superen nuestro razonamiento? Porque donde termina el razonamiento, comienza la fe. Y aunque los infieles se consideran razonadores, son de todos los más irrazonables. Porque, ¿no es irracional medir lo infinito con un entendimiento finito, o pensar que podemos entender los misterios de la piedad hasta la perfección?

Pero volvamos al patriarca Abraham. Hemos observado cuantas objeciones plausibles podría haber levantado, pero no respondió ni una palabra. No, porque como nos dice el versículo 3: *“Y Abraham se levantó muy de mañana, y enalbardó su asno, y tomó consigo dos siervos suyos, y a Isaac su hijo; y cortó leña para el holocausto, y se levantó, y fue al lugar que Dios le dijo”*.

Desde este versículo podemos suponer que Dios le habló en un sueño o visión nocturna, ya que se menciona que Abraham *“se levantó muy de mañana”*. Quizá fue aún en la cuarta vigilia de la noche, justo cuando raya el alba, cuando Dios le dijo *“Toma ahora tu hijo”*, y Abraham se levantó temprano para cumplir con el mandato. Sin duda, estaba acostumbrado a levantarse muy temprano para ofrecer su sacrificio de alabanza y acción de gracias. Muchas veces se lee en el Antiguo Testamento que los santos se levantaban muy de mañana. Particularmente, leemos en el Nuevo Testamento que nuestro Señor Jesucristo también se levantó muy de mañana, aun cuando estaba oscuro, para orar. La mañana es amiga de la devoción, y si la gente no puede negarse a sí misma lo suficiente para levantarse temprano a orar, no sé cómo podrían estar dispuestos a morir en la hoguera (si se les llamara a hacerlo) por el Señor Jesucristo.

Se observa tanto la piedad como la humildad en el gran patriarca: él enalbardó su propio asno (los grandes deberían ser humildes) y, para mostrar sinceridad, llevó consigo a dos de sus jóvenes y a su hijo Isaac, manteniendo en secreto lo que tenía planeado. Ni siquiera lo compartió con su esposa Sara, porque sabía que ella podría convertirse en un obstáculo en este asunto. Así como Rebeca en otra ocasión persuadió a Jacob para huir, Sara podría haber persuadido a Isaac para que se escondiera. Los jóvenes, si hubieran sabido, quizás habrían librado a Isaac de la muerte, como Jonatán fue rescatado de las manos de Saúl.

Pero Abraham no se desvió del camino, y por lo tanto, como un Israelita verdadera en quien no había engaño, resueltamente cortó la leña para el holocausto, se levantó, y fue al lugar que Dios le dijo.

En el segundo versículo, Dios le había mandado ofrecer a su hijo en uno de los montes que Él le diría. Mandó ofrecerlo, pero no especificó el lugar exacto para mantener a Abraham dependiente y vigilante en oración. Porque no hay nada como ser mantenido en dependencia de Dios, y si lo hacemos, seguramente Dios se revelará aún más a nosotros en Su tiempo. Practiquemos entonces lo que sabemos, sigamos la providencia hasta donde podamos ver, y lo que no sabemos aún, lo que aún no vemos, que nos encontremos en el camino de obediencia, y el Señor lo revelará a nosotros. Abraham no sabía exactamente dónde tenía que ofrecer a su hijo. Sin embargo, se levanta y va, y he aquí que Dios le muestra: *“Y fue al lugar que Dios le dijo.”* Que así también lo hagamos nosotros.

Versículo 4: *“Al tercer día alzó Abraham sus ojos, y vio el lugar de lejos.”* Vemos que el lugar estaba a tres días de viaje desde el lugar donde Dios le había mandado. ¿No fue esto para probar su fe y demostrarle que lo que estaba haciendo no era un momento fugaz de devoción, sino un asunto de deliberación y elección? ¿Pero quién puede expresar lo que sintió el patriarca en esos días? Aunque su fe era fuerte, estoy convencido de que sus entrañas se conmovieron por su querido hijo Isaac. Puedo imaginar al hombre viejo caminando con su querido hijo a su lado, contemplándolo y amándolo de vez en cuando, y luego apartándose un momento para llorar. Quizá, en algunos momentos del viaje, se quedaba un poco atrás para derramar su corazón a Dios, porque no había otro hombre con quien compartir su dolor. Luego, lo imagino volviendo a unirse a su hijo y a sus siervos, hablando con ellos de las cosas del reino de Dios mientras avanzaban por el camino. Finalmente, al tercer día, alzó sus ojos y vio el lugar de lejos. Para demostrar su sinceridad en cumplir lo que el Señor le había mandado, aún en ese momento no compartió con sus siervos lo que llevaba en su corazón, sino que dijo en el versículo 5 (cómo nosotros deberíamos decir a nuestros pensamientos vanos al entrar en la casa del Señor): *“Esperad aquí con el asno, y yo y el muchacho iremos hasta allí y adoraremos, y volveremos a vosotros”* (Génesis 22:5). Esta fue una razón suficiente para quedarse atrás, y como era costumbre de su amo ir a adorar, no podían sospechar nada. Por lo que dijo Abraham, que él y su hijo volverían, me inclino a pensar que creía que Dios lo resucitaría de entre los muertos, si Dios permitía que ofreciera a su hijo como holocausto. Sea lo que sea, estaba resuelto a obedecer a Dios hasta el final, y por lo tanto,

Versículo 6. *“Y tomó Abraham la leña del holocausto, y la puso sobre Isaac su hijo, y él tomó en su mano el fuego y el cuchillo; y fueron ambos juntos”.* Poco pensó Isaac que sería ofrecido en la misma leña que llevaba sobre su hombro. Por lo tanto, Isaac, inocentemente y con una libertad santa (porque los hombres buenos no deberían mantener a sus hijos a distancia),

“habló a Abraham su padre, y dijo: Padre mío. Y él (con igual afección y santa condescendencia) respondió: Heme aquí, mi hijo.”

Para mostrar cuán cuidadoso había sido Abraham (como deberían ser todos los padres cristianos) en instruir a Isaac sobre cómo sacrificar a Dios, como un joven formado en el camino que debe seguir, Isaac dijo: *“He aquí el fuego y la leña; mas ¿dónde está el cordero para el holocausto?”* ¡Cuán hermosa es la piedad temprana! ¡Cuán amable es escuchar a los jóvenes preguntar cómo sacrificar a Dios de una manera aceptable! Isaac sabía que faltaba un cordero y que un cordero era necesario para un sacrificio apropiado: *“He aquí el fuego y la leña; mas ¿dónde está el cordero para el holocausto?”* ¡Jóvenes, aprendan de él!

Hasta aquí, es obvio que Isaac no sabía nada de los planes de su padre. Pero creo, basado en la respuesta de Abraham, que fue en este momento cuando se lo reveló.

Versículo 8 *“Y respondió Abraham: Dios se proveerá de cordero para el holocausto, hijo mío.”* Algunos piensan que Abraham, aquí por la fe, vio al Señor Jesús de lejos y proféticamente habló del Cordero de Dios, ya destinado por decreto y luego ofrecido por los pecadores. Este fue un Cordero de la elección de Dios de verdad (nunca nos habríamos atrevido pensarlo) para satisfacer Su propia justicia, y para mantenerse justo en justificar a los impíos. ¿Qué son todas nuestras leñas y fuegos, todas nuestras preparaciones y actuaciones que podemos hacer o presentar, si Dios no hubiera provisto para sí mismo un Cordero para el holocausto? Sin esto, no podríamos haber sido aceptados.

Sin embargo, sea cual fuera la intención de Abraham, no puedo dejar de pensar que aquí hizo una aplicación personal y reveló a su hijo lo que Dios le había dicho a su alma. Finalmente, con lágrimas en los ojos y el mayor afecto en su corazón, gritó: *“Tú has de ser el cordero, Hijo mío. Dios me mandó proveerte para un holocausto, y ofrecerte en este monte que ahora estamos ascendiendo.”*

Y, como se muestra en el siguiente versículo, Isaac, convencido de que era la voluntad divina, no se resistió. Porque leemos *“E iban juntos.”* Además, cuando leemos que Abraham ató a Isaac, no se menciona que él se quejase o intentase escapar, lo que fácilmente podría haber hecho, ya que, según algunos, tenía casi treinta años y, como es claro en el texto, era lo suficientemente fuerte para cargar la leña. Pero él compartía la misma fe preciosa que su padre anciano, y por eso estuvo dispuesto a ser ofrecido como Abraham estaba dispuesto a ofrecerlo. Así, ambos continuaron juntos.

Versículo 9 *“Y cuando llegaron al lugar que Dios le había dicho, edificó allí Abraham un altar, y compuso la leña, y ató a Isaac su hijo, y lo puso en el altar sobre la leña.”* Aquí, pausemos un momento y, por fe, imaginemos el lugar donde el padre colocó a su hijo. No dudo que los

ángeles rondaban el altar y cantaban “Gloria a Dios en las alturas” por haber dado tal fe al hombre. Vengan, padres tiernos, ustedes que saben lo que es vigilar a un hijo moribundo: imagínense ver el altar erigido ante ustedes y al querido Isaac atado sobre él. Imaginen al padre anciano al lado, llorando (¿acaso no podemos suponer que lloró, cuando leemos que Jesús lloró ante la tumba de Lázaro?).

¡Oh, cuán piadosas y amorosas debieron ser las expresiones entre el padre y el hijo! Josefo registra un discurso patético entre ellos; si fueron genuinos o no, no lo sé, pero me parece ver las lágrimas corriendo por las mejillas del patriarca Abraham. De la abundancia de su corazón grita: “Adiós, adiós, hijo mío. El Señor te entregó a mí, y el Señor ahora te llama. Bendito sea el nombre del Señor. Adiós, mi Isaac, mi único hijo, a quien amo como a mi propia alma. Adiós. Adiós.” Veo al manso Isaac, al mismo tiempo, entregándose a su Padre celestial, orando al Altísimo para que su padre reciba la fuerza para dar el golpe.

Pero ¿por qué intento describir los sentimientos del padre y del hijo? Es imposible: sí, podemos formarnos una idea de lo que pasó, pero no podemos comprenderlo totalmente hasta que lleguemos y nos sentemos con ellos en el reino de los cielos y escucharlos contar de nuevo la historia. ¡Apura, oh Señor, ese tiempo bendito! ¡Oh, que tu reino venga!

Y ahora, el golpe fatal está a punto de ser dado. “*Y extendió Abraham su mano y tomó el cuchillo para degollar a su hijo.*” ¿Pero no creen que quisiera volver la cabeza cuando asestó el golpe? Es más, ¿por qué no podemos suponer que a veces retiró la mano, después de haberla extendido, dispuesto a despedirse una vez más de su amado Isaac, y deseando posponerlo un poco, aunque finalmente resuelto a obedecer?

Sea como fuere, su brazo ahora está extendido, el cuchillo en su mano, y está por meterlo en la garganta de su querido hijo.

¡Pero cantad alabanzas, oh cielos, y alégrate, tierra! La extremidad del hombre es la oportunidad de Dios. Porque, he aquí, justo cuando el cuchillo, muy probablemente, estaba por llegar a su garganta, leemos en el versículo 11: “*Entonces el ángel de Jehová (o, más bien, el Señor de los ángeles, Jesucristo, el Ángel del pacto eterno) le dio voces desde el cielo (probablemente con una voz muy audible), y dijo: Abraham, Abraham.* (La palabra se duplica para captar su atención, y quizá lo repentino del llamado le hizo retirar la mano justo cuando estaba por dar el golpe a su hijo). *Y él respondió: Heme aquí.*”

“*Y dijo: No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; porque ya conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único.*”

Aquí fue cuando Abraham recibió a su hijo de entre los muertos en sentido figurado. En efecto, Isaac fue ofrecido sobre el altar, y Dios lo consideró como ofrecido y dado a Él. La fe de Abraham, puesta a prueba, fue encontrada más preciosa que el oro purificado siete veces en el fuego. Como recompensa de gracia, aunque no de deuda, por este acto señalado de obediencia, Dios, mediante un juramento, da y confirma la promesa: *“En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra”* (vs. 17-18).

¡Qué consuelo podemos imaginar al viejo patriarca y a su hijo descendiendo del monte y volviendo a los jóvenes siervos! ¡Qué gozo podemos suponer al regresar a casa y contarle a Sara todo lo que sucedió! Y, sobre todo, con qué triunfo se está exaltando en el paraíso de Dios, adorando el rico, libre, distintivo, electivo y eterno amor de Dios, que solo lo distinguió de los demás hombres y le hizo digno del título que llevará mientras el sol y la luna duren: *“El Padre de los fieles”*!

Pero ahora, levantemos nuestros ojos de la criatura y dirijámoslos a lo que Abraham, si estuviera presente, nos instaría a mirar: quiero decir, fijémonos en el Creador, Dios bendito por los siglos.

Aplicación. Primeramente, cantemos Salterio 32:1,2,3.

Veo sus corazones afectados, veo sus ojos llorando. (Y, en verdad, ¿quién podría evitar llorar ante la historia que hemos escuchado?). Pero he aquí, les muestro un misterio escondido bajo el sacrificio del hijo único de Abraham. A menos que sus corazones estén endurecidos, esto también les hará derramar lágrimas de amor, y muchas de ellas. Espero que me detengan aquí para decirme: “Es el amor de Dios al darnos a Jesucristo para morir por nuestros pecados.” Sí, eso es lo que es.

Quizá encuentren que su corazón no se afecta tanto al considerar esto. Que les convenza esto: somos criaturas caídas, y no amamos a Dios ni a Cristo como deberíamos. Si admiramos a Abraham ofreciendo a su Isaac, ¡cuánto más deberíamos ensalzar, magnificar y adorar el amor de Dios, que de tal manera amó al mundo, que dio a Su Hijo unigénito, Jesucristo nuestro Señor, *“Para que todo aquel que en él cree, no se pierda más tenga vida eterna”* (Juan 3:16). ¿No podemos ahora clamar, “Ahora sabemos, oh Señor, que Tú nos has amado, porque no nos has rehusado Tu hijo, Tu único Hijo”? Abraham era una criatura de Dios (y Dios era Amigo de Abraham) y por eso Abraham estaba bajo la más alta obligación de entregar a su hijo Isaac. ¡Pero oh, qué amor increíble! Mientras éramos enemigos, Dios envió a Su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que llegase a ser una maldición por nosotros.

¡Oh, la libertad y la infinitud del amor de Dios nuestro Padre! Es insondable: me pierdo al contemplarlo. Piensen, oh creyentes, piensen en el amor de Dios al dar a Jesucristo como propiciación por nuestros pecados. Y cuando lean cómo Abraham edificó un altar, puso la leña

en orden, ató a Isaac su hijo, y lo colocó en el altar sobre la leña, piensen en cómo Su Padre celestial ató a Jesucristo, Su Único Hijo, y lo ofreció sobre el altar de Su justicia, colocando sobre Él las iniquidades de todos nosotros.

Cuando lean sobre Abraham extendiendo su brazo para sacrificar a su hijo, piensen, oh piensen, cómo Dios permitió que Su Hijo fuera realmente sacrificado, para que nosotros viviéramos por siempre. Si leen acerca de Isaac llevando la leña sobre sus hombros, que esto los lleve al monte Calvario (el mismo monte de Moriah donde, según algunos, Isaac fue ofrecido), y contemplen a Jesucristo, el Hijo de Dios, llevando la cruz y hundiéndose bajo su peso, la cruz en la cual iba a ser colgado por nosotros. ¿Admiran a Isaac por su disposición a morir, siendo una criatura, y por lo tanto siendo obligado irse cuando Dios lo llamara? Oh entonces no se olviden admirar infinitamente más al querido Señor Jesús, esa simiente prometida, quien voluntariamente dijo *“He aquí, yo vengo”*, aunque estuvo sin obligación hacerlo, *“Para hacer tu voluntad”*, para obedecer y morir por los hombres, *“Oh Dios”* (salmo 40).

¿Lloraron ahora cuando les dije que imaginaran el altar, con la leña encima, e Isaac atado ahí? Miren por fe, contemplen al bendito Jesús, nuestro todo-glorioso Emmanuel, no atado, sino clavado en el árbol maldito: miren cómo está colgado ahí, coronado con espinas y burlado por todos los que lo rodean. ¡Miren cómo los espinos le traspasan y cómo la sangre roja fluye por sus templos sagrados! ¡Oigan cómo gime el Dios Creador! ¡Miren cómo inclina Su cabeza, y finalmente, la humanidad entrega el espíritu!

Isaac es salvado; pero Jesús, el Dios de Isaac, muere. Un carnero es ofrecido en lugar de Isaac, pero no se encuentra ningún sustituto para Jesús. Jesús debe sangrar, Jesús debe morir; Dios el Padre proveyó este Cordero para Sí desde la eternidad. Debe ser ofrecido en el tiempo, o el hombre quedará maldito para siempre.

Y ahora, ¿dónde están sus lágrimas? ¿Diré que detengan de llorar? No; más bien les exhorto a mirar a Aquel a quien han traspasado por sus pecados, y lloren como una madre llora por su primogénito. Porque nosotros hemos sido los traidores, hemos sido los asesinos de este Señor de la gloria. ¿No deberíamos llorar por esos pecados que lo llevaron al árbol maldito? Habiendo hecho tanto, habiendo sufrido tanto por nosotros, habiendo recibido tanto perdón, ¿no deberíamos amar mucho? ¡Oh, amémoslo con todo nuestro corazón, mente y fuerza, y glorifiquémoslo en nuestros cuerpos y almas porque son Suyos!

Esto me lleva a una segunda inferencia que sale del discurso precedente.

De esta historia podemos aprender la naturaleza de la verdadera fe justificadora. Quien entienda y predique la verdad tal como es en Jesús debe reconocer que la salvación es el don

libre de Dios y que somos salvos no por alguna obra de justicia que hubiéramos hecho o que pudiéramos hacer. No, porque no podemos justificarnos en parte o completamente ante la luz de Dios. El Señor Jesucristo es nuestra justicia, y si somos aceptados por Dios, debe ser en y por la justicia personal, la obediencia activa y pasiva, de Jesucristo Su amado Hijo. Esta justicia debe ser imputada o contada a nosotros, y aplicada por la fe a nuestro corazón, o nunca podremos ser justificados a la vista de Dios. En el momento en que el pecador recibe la justicia de Cristo por la fe, es libremente justificado de todos sus pecados, y jamás entrará en condenación, a pesar de que antes era un tizón del infierno.

Así fue como Abraham fue justificado antes de haber hecho alguna buena obra: a él le fue dado creer en el Señor Cristo, y esa fe le fue contada por justicia. Esto significa que la justicia de Cristo le fue contada como si fuera suya. Este, este es el evangelio; esta es la única manera de encontrar aceptación con Dios. Las buenas obras no tienen nada que ver con nuestra justificación ante Su vista. Somos justificados solamente por la fe, como dice el artículo de nuestra confesión y lo que concuerda con las palabras del apóstol Pablo cuando dice: *“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios”* (Efesios 2:8).

Sin embargo, las buenas obras tienen su lugar apropiado: ellas *justifican nuestra fe*, aunque no nuestras personas. Ellas siguen nuestra fe y evidencian nuestra fe en la vista de los hombres. Es por eso que Santiago pregunta, *“¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre?”* (Ahí se está refiriendo a la historia que acabamos de considerar). Quiere decir, ¿No evidenció Abraham que estuvo en un estado justificado porque su fe produjo buenas obras? Esta justificación declarativa en la vista de los hombres es lo que se entiende por las palabras de nuestro texto cuando Dios declara *“porque ya conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único”*. No quiere decir que Dios no lo sabía antes, sino que lo dice para nuestra comprensión, mostrándonos claramente que el acto de ofrecer a su hijo fue aceptado por Dios como evidencia de la sinceridad de su fe, y por eso fue registrado en las Escrituras para los siglos venideros.

Así es como pueden aprender si realmente están bendecidos con la fe de Abraham y son sus hijos e hijas por la fe. Ustedes dicen que creen; hablan de la gracia y la justificación libres: hacen bien. Los demonios también creen y tiemblan. Pero ¿ha influido realmente la fe que confiesen en sus corazones, renovado sus vidas, y obrado por amor, como en el caso de Abraham? ¿Están sus afecciones puestas en las cosas de arriba? ¿Se ocupan de las cosas celestiales? ¿Se confiesen como extranjeros y peregrinos en este mundo? En resumen, ¿ha vencido su fe al mundo? ¿Les ha permitido entregar sus “Isaacs”, su risa, sus deseos más amados, sus amigos, sus placeres, y sus ganancias a Dios?

Si es así, tomen consuelo en ello, porque pueden decir con certeza: “Sabemos que tememos y amamos a Dios, o más bien, que somos amados por Él.” Pero si sólo tienen una fe superficial, una fe meramente intelectual que nunca ha tocado su corazón ni ha obrado en sus vidas, no importa cuánto digan para edificarse: “Tenemos a Abraham como padre y a Cristo como nuestro Salvador.” A menos que reciban una fe del corazón, una fe que obra por el amor, nunca se sentarán con Abraham, Isaac, Jacob, ni con Jesucristo en el reino de los cielos.

Pero una inferencia más debo sacar del texto, y con esta concluyo:

¡Aprendan, oh Santos! De lo que se ha escuchado, y estén dispuestos a perder todos sus consuelos mundanos. Prepárense para separarse de todo si Dios lo requiere de ustedes. Quizá algunos tengan amigos que son para ustedes como sus propias almas. Otros tienen hijos en cuyas vidas toda su vida está ligada. Todos, de alguna manera, tienen sus Isaacs, sus deleites particulares. Por amor a Cristo, laboren, hijos e hijas de Abraham, por resignar diariamente sus afectos a Dios, de modo que, cuando Él realmente les pida sacrificarlos, no puedan consultar con carne y sangre más que el bendito patriarca que tenemos ante nosotros.

Y para aquellos que ya han sido probados en alguna medida como Él, que este ejemplo les consuele y anime. Recuerden, Abraham su padre fue probado antes que ustedes. Piensen, oh piensen en el gozo que ahora disfruta y en cómo, sin cesar, está agradeciendo a Dios por las pruebas que enfrentó aquí abajo. Miren hacia arriba con frecuencia, con el ojo de la fe, y véanlo ahí sentado con su amado Isaac en el mundo de los espíritus. Recuerden que es solo cuestión de poco tiempo hasta que ustedes también estén sentados con él, compartiendo lo que Dios ha hecho por sus almas.

Ahí espero sentarme con ustedes, escuchar la historia de cómo ofreció a su hijo desde su propia boca, y adorar al Cordero que está sentado en el trono, por lo que Él ha hecho por nuestras almas, por los siglos de los siglos.

Amén.

Último Salterio 312.